

Adam Smith: antídoto al neoliberalismo

Adam Smith: antidote to neoliberalism

Wesley C. Marshall *

Resumen

Este artículo busca establecer un diálogo entre la obra de Adam Smith y el Neoliberalismo en sus múltiples aspectos: su obra escrita; su tratamiento de otros pensadores y sus obras; y su forma de gobernar. Aquí se argumenta que Adam Smith ha sido cooptado por el pensamiento neoliberal para promover ideas que son todo lo contrario de las favorecidas por Smith. Sus citas más famosas se malinterpretan deliberadamente, dado que su significado explícito en el texto es que toda la actividad humana está determinada por “poderes divinos”, lo cual es un anatema para el pensamiento neoliberal, que eleva el dinero y los mercados al reino de lo divino. Los textos de Smith no solo sirven como evidencia de las formas engañosas del neoliberalismo, sino que también ofrecen advertencias proféticas de cómo tanto la religión como la ciencia pueden ser capturadas por las autoridades y distorsionadas a su voluntad.

Palabras Clave: Adam Smith, neoliberalismo, teoría económica

Abstract

This article seeks to establish a dialogue between Adam Smith's *oeuvre* and Neoliberalism in its many aspects: its body of written work; how it deals with other thinkers and their written work; and its form of governing. Here we argue that Adam Smith has been coopted by neoliberal thinking to advance ideas that are in fact the contrary of those favored by Smith. His most famous quotes are purposefully misinterpreted, as their explicit meaning in the text is that all of human activity is determined by divine powers, which is anathema to neoliberal thinking, which elevates money and markets to the realm of the divine. Smith's texts not only serve as

* UAM – Iztapalapa.

evidence to neoliberalism's deceptive ways, but also offer prescient warnings of how both religion and science can be captured by authorities and distorted to their will.

Keywords: Adam Smith, Neoliberalism, Economic Theory

Introducción

Adam Smith es justamente considerado el padre de la economía moderna, pero no por las razones comúnmente entendidas. Durante muchos años, el trabajo de Smith ha sido considerado un “clásico”, lo que a menudo resulta problemático. Refiriéndose a la Teoría General de Keynes, Paul Davidson decía que un clásico es un libro que no hace falta leer para citar, una idea no muy lejana a la de Mark Twain, que “un clásico es algo que todo el mundo quiere haber leído y nadie quiere leer”. En el caso de Smith, cualquier persona con la educación más pasajera de economía entiende la noción de Smith de la “mano invisible” como la explicación por la cual el egoísmo de una persona (el carnicero, el barbero o el panadero) conduce al bien colectivo. Sin embargo, ésta y otras de sus citas son normalmente mal entendidas. Por un lado, desde Marx en adelante, muchos de los economistas más críticos encuentran fallas en las ideas, la metodología y las conclusiones de Smith, mientras que, por otro lado, los economistas más convencionales a menudo elogian estos elementos y recogen argumentos específicos y los tergiversan para sus creencias, que existen en confrontación directa con las de Smith. El típico rechazo automático de Smith por parte del pensamiento más crítico y la astuta cooptación por parte del neoliberalismo actual se han combinado para crear la noción de que Smith fue un simple precursor del pensamiento neoliberal: un economista clásico tradicional cuyos pensamientos se han perfeccionado y actualizado, y por tanto, no hay necesidad de estudiar el trabajo anterior y menos refinado.

Como se argumenta, Smith tiene el derecho legítimo de ser el padre de muchas escuelas de pensamiento económico, pero no de las que nos han enseñado a pensar. Él no comparte el pensamiento de la economía clásica, ni las ideas de la ideología política liberal, sino que ofrece ideas claves sobre lo que ahora se considera en el extremo crítico del espectro de la economía, sea en el ámbito de la economía política, junto con Keynes, Marx, Polanyi y Galbraith, o en el terreno monetario con las teorías del chartalismo, el dinero endógeno y el circuito. Smith no es considerado un padre de la sociología, pero es uno de los primeros en considerar a la sociedad como un actor o categoría analítica aparte. De hecho, Smith sienta las bases de lo que nunca ha sido realmente nombrado: una economía basada no en las necesidades de capital y dinero, sino más bien basada en la moral, y no solo una moral que favorezca la existencia humana, sino una moral divina que también tenga en cuenta la naturaleza en sus múltiples formas.

Pocos han argumentado —y mucho menos de forma convincente— que la buena economía solo puede provenir de la buena sociedad, precisamente lo contrario del espíritu y el pensamiento del neoliberalismo, en el que la buena economía está fundamentalmente en desacuerdo con la buena sociedad. Pero Smith también es el padre del neoliberalismo, o quizás, mejor dicho, su hijo bastardo retroactivo. Como exploraremos en profundidad, décadas de teoría neoliberal han dejado de lado casi todo el pensamiento de Smith, excepto donde es más contradictorio. De hecho, esto es sintomático del método anticientífico del neoliberalismo de construir sobre errores y no aciertos, y de ignorar hechos y teorías inconvenientes para los intereses privados de la renta financiera.

A través del establecimiento de varios axiomas, el neoliberalismo ha llegado a una cosmovisión que explica la sociedad y los mercados bajo el control de una fuerza divina, bastante parecido al mercado divino y el orden social de Smith. Sin embargo, el Dios del neoliberalismo es diferente al de Smith, y la buena economía

no es la buena sociedad. Como se argumenta, Smith ofrece quizás la mejor guía contra el actual pensamiento neoliberal convencional, no solo al ofrecer teorías alternativas, sino también al advertir sobre las perennes artimañas de quienes presentan como ciencia social los argumentos y teorías que más favorecen los intereses privados dominantes del momento.

Al igual que otros grandes economistas, el pensamiento de Smith tiene un alcance amplio y una comprensión profunda: abarca no solo toda la actividad humana, sino también sus motivaciones. Su pensamiento se delinea fácilmente entre lo metafísico y lo material en sus dos únicos libros, *La teoría de los sentimientos morales* (1759) y *La riqueza de las naciones* (1776). Las dos partes de la economía, la social y la material, se han separado analíticamente al menos desde la Grecia clásica, se han confundido a lo largo de los siglos y, más recientemente, se han presentado de manera complementaria cuando aún existía un debate público abierto. La obra crítica *Era de la incertidumbre* de John Kenneth Galbraith (1977) abre con los dos primeros capítulos, “Los profetas y la promesa del capitalismo clásico”, y “Las costumbres y la moral del alto capitalismo”, mientras que la reacción neoliberal (Brandes, 2020) de Milton Friedman (1980) también comienza con “El poder del mercado” y “La tiranía del control”.

El orden divino de Smith se describe explícitamente en sus textos, pero rara vez es reconocido posteriormente por la ciencia económica:

Nicholas Phillipson, en su premiada biografía de Adam Smith, se refirió a una declaración de Smith como un recordatorio de que no solo *La riqueza de las naciones*, sino todo el proyecto de Smith para una ciencia moderna del hombre fue “construido sobre los cimientos del asalto por excelencia de la Ilustración contra la religión”. Phillipson simplemente estaba expresando la opinión comúnmente aceptada (Friedman, 2022: xi).

La crítica de Smith no fue a la religión, sino a cómo las autoridades religiosas distorsionaron las ciencias morales hacia sus intereses. Asimismo, el neoliberalismo no es una máxima expresión de las ciencias sociales, sino una doctrina religiosa disfrazada como tal. El neoliberalismo retoma el orden divino de Smith, pero para cambiar la suprema divinidad de los dioses al mercado, el primer paso es excluir abiertamente la religión de la ciencia, y el segundo paso es sutilmente —o a menudo toscamente— reemplazar lo terrenal por lo divino. Si bien el orden divino neoliberal de Friedman y en otros textos neoliberales está en su mayoría implícito, el otro padre del neoliberalismo, von Hayek (Mirsowski y Plehwe, 2013) lo expone con bastante claridad, aunque en un contexto velado, en *Camino de servidumbre*:

La forma más efectiva de hacer que las *personas* acepten la validez de los valores a los que deben servir es persuadirlas de que son realmente los mismos que ellos, o al menos los mejores entre ellos, siempre han tenido, pero que no fueron entendidos adecuadamente o reconocidos antes. Se hace que la gente transfiera su lealtad de los viejos dioses a los nuevos bajo el pretexto de que los nuevos dioses son realmente lo que su sano instinto siempre les había dicho, pero que antes sólo habían visto vagamente. Y la técnica más eficiente para este fin es usar las palabras antiguas, pero cambiando su significado (von Hayek, 1944).

Cualquier noción de progreso en la ciencia social de la economía —pasar de la religión a la ciencia— está en realidad ausente desde la época de Smith hasta hoy en día. El retorno del significado y concepto de la austeridad es un ejemplo. Aun si las ciencias sociales y la economía en particular han avanzado poco, ciertamente ha habido grandes pensadores que han hecho grandes avances. El “descubrimiento de la sociedad”, una y otra vez, se expresa entre ellos:

La economía humana, entonces, está arraigada y enredada en instituciones, económicas y no económicas. La inclusión de lo no económico es vital. Porque la religión o el gobierno puede ser tan importante para la estructura y el funcionamiento de la economía como las instituciones monetarias o la disponibilidad de herramientas y máquinas que aligeran el trabajo (Polanyi, 1968: 148).

Smith hace gran esfuerzo para explicar los fundamentos no económicos de la economía, y traza una línea divisoria moral a través de todos los elementos sociales y materiales de la economía, examinando el dinero, los mercados y el hombre, todo bajo un orden divino. La visión convencional de que la ciencia está en competencia directa con la religión hace que sea fácil descartar los argumentos de Smith como precientíficos. Por lo tanto, es interesante ver qué bien empareja Smith con Polanyi.

Con pocas, pero importantes excepciones, el orden social secular de Polanyi coincide con el orden divino de Smith. La metodología de Smith para comprender la naturaleza humana es claramente renacentista: comprende las emociones humanas y las relaciones sociales a través de los grandes filósofos y dramaturgos griegos. La metodología de Polanyi también se basa en material desenterrado relativamente nuevo para su época, el gran tesoro de evidencia de las economías primitivas y arcaicas descubiertas en los siglos XIX y XX: “los relatos de primera mano de la economía primitiva son lo más parecidos a un laboratorio que los historiadores económicos y los interesados con la economía comparativa pueden conseguir” (Dalton, 1968: xi).

Polanyi fue un admirador crítico de Smith, y aunque compartimos las críticas de Polanyi, probablemente daríamos menos énfasis a las suposiciones erróneas de la naturaleza humana (Polanyi, 1944: 45-47), y más a sus conclusiones sobre el orden divino que establece a los ricos como los amos señoriales divinamente encargados de los asuntos materiales, particularmente porque la fuente de conocimiento de Smith, los griegos y los romanos,

proporciona una amplia teoría y evidencia en contra de tales conclusiones.

Como se argumenta, el neoliberalismo retoma las contradicciones y omisiones de Smith para promover una vez más un orden social y económico para los ricos. En oposición directa al espíritu y la metodología de la ciencia, éstas se convierten simplemente en axiomas. La palabra “naturaleza” es clave para comprender los fundamentos sociales o divinos del pensamiento económico, recordando la cita de von Hayek. Con el surgimiento del neoliberalismo, podemos observar la transición de la economía de un determinismo divino a uno de determinismo de mercado, con la asunción del mercado al reino de la divinidad. En el intervalo histórico entre Smith y el neoliberalismo, podemos ver también cómo la economía clásica y la neoclásica intentaron reemplazar las consideraciones de la sociedad por las del mercado, y pintar a los individuos como la única perspectiva racional de análisis, y el lente a través del cual hay que ver el mundo. Polanyi ofrece un útil remedio a tal posición, incluso si ha tenido poco efecto práctico contra el avance de la pseudociencia.

Bajo el pensamiento neoliberal, hoy volvemos a lo que Smith estaba combatiendo: el secuestro de la ciencia moral por los intereses privados dominantes de la época, sean los religiosos de la Europa medieval o los financieros del mundo actual. Dentro de la concepción actual del determinismo del mercado, la palabra “natural”, aplicada a las tasas naturales de empleo, interés, etcétera, sigue siendo clave. Situada en el centro de las creencias económicas, la definición de “natural” a menudo puede leerse como los deseos de los amos de la sociedad. Esta larga introducción servirá como marco general para las siguientes tres partes, que analizan la política moral, la filosofía política y los mercados y el dinero.

Parte 1: La economía política como ciencia moral

Smith como el padre de la economía política

El debate sobre los supuestos de la naturaleza humana comienza con la primera frase de la obra de Smith: “Por más egoísta que se pueda suponer al hombre, evidentemente hay algunos principios en su naturaleza, los cuales le interesan en la fortuna de los demás y hacen que su felicidad sea necesaria para él, aunque no obtenga nada de ello excepto el placer de verlo” (Smith [1759] 2005: 286). Este es el primero de varios ejemplos que usaremos en los que la dinámica es la siguiente: Smith establece una suposición, luego dedica muchas páginas de texto a desarrollar su argumento en contra de la suposición; posteriormente, los neoliberales convierten el supuesto en un axioma sustentado en la noción unificadora de la divinidad del mercado. Aparte de la suposición de que los humanos son codiciosos por naturaleza, también examinaremos la suposición de un orden social divinamente determinado en el que los ricos cosechan la mayoría de las recompensas terrenales, y sus consecuencias sobre los sistemas políticos, económicos y financieros. En resumen, es la economía política, de la que Smith tiene un fuerte reclamo paternal:

La economía política, considerada como una rama de la ciencia de un estadista o legislador, propone dos objetivos distintos: primero, proporcionar abundantes ingresos o subsistencia para el pueblo, o más propiamente permitirles proporcionar tales ingresos o subsistencia por sí mismos; y en segundo lugar, proporcionar al Estado o la *commonwealth* ingresos suficientes para los servicios públicos. Propone enriquecer tanto al pueblo como al soberano (Smith [1776] 2005: 455).

El estudio de la economía política es un arte perdido en la economía moderna, con aparentemente poca oferta y demanda en un terreno de debate que ha sido saldado en décadas recientes. James Galbraith sigue el ejemplo de quizás el último gran practicante —su padre— y lo mismo puede decirse de Kari

Polanyi-Levitt. Ciertamente hay otras voces de oposición importantes en el entorno intelectual pos-debate de hoy, pero ciertamente los economistas más influyentes de la actualidad, como L. Summers, P. Krugman y B. Bernanke, se identifican a sí mismos como macroeconomistas y neokeynesianos. Son dos sustituciones reveladoras: a diferencia de la economía política, la macroeconomía se ocupa del mercado en su conjunto y de cómo los actores individuales se ocupan de él. Los gobiernos, las empresas y las sociedades son tratados como individuos y la sociedad es reemplazada por el mercado. Del mismo modo, por mucho que los neoliberales hayan reclamado a Smith como suyo, el legado de J. M. Keynes también ha sido cooptado por los neokeynesianos, quienes comparten mucho más con Friedman que con Keynes. En particular, Keynes se aventuró en todas las áreas de la economía política, mientras que los macroeconomistas nuevos keynesianos solo ocasionalmente se aventuran en bosques tan oscuros, donde rápidamente pierden su orientación.

La estrechez del enfoque de los macroeconomistas de hoy parecería ridícula si se aplicara a la historia como la máxima determinación de si una sociedad o un soberano pueden sostenerse a sí mismos. Estos destinos evidentemente no dependen sólo de un mercado nacional; siempre actúan fuerzas externas y sociales internas. Ninguna historia decente daría un lugar privilegiado a las condiciones del mercado en el gran ascenso y caída de las naciones en décadas o siglos recientes, o el ascenso y caída de grandes imperios en la historia más remota. Pero en la teoría y en la realidad, el neoliberalismo transita sobre un camino y niega el otro.

Polanyi enfatiza que todas las sociedades necesitan una economía de algún tipo, y por lo tanto todas tienen sus formas de dinero y comercio socialmente arraigadas. J. K. Galbraith también enfatizó que el diseño del sistema es menos importante que su forma de llevarse a cabo humanamente: “Bajo el capitalismo, el hombre

explota al hombre. Bajo el comunismo, es exactamente lo contrario”. En cada sociedad y economía, los arreglos sociales y la gestión de las instituciones públicas y/o privadas son condiciones subyacentes que determinan si el aprovisionamiento material satisface o no las necesidades de su sociedad. La gestión macroeconómica práctica es, por lo tanto, simplemente una parte de la economía política.

Al igual que comprender el dinero ha demostrado ser quizás la tarea más difícil para los economistas, identificar y comprender el orden social es quizás la más difícil tanto para los sociólogos como para los economistas. Smith hace fuertes y tempranas incursiones en ambos campos y, lo que es más importante para los argumentos aquí, los conecta con dos caminos que el individuo puede tomar para percibir y buscar la aceptación social en la sociedad:

Esta disposición a admirar, y casi a adorar, a los ricos y poderosos, y a despreciar o, por lo menos, desatender a las personas de condición pobre y mezquina, aunque sea necesaria tanto para establecer como para mantener la distinción de rangos y el orden de la sociedad, es, al mismo tiempo, la causa grande y más universal de la corrupción de nuestros sentimientos morales. Que la riqueza y la grandeza se miran a menudo con el respeto y la admiración que se deben sólo a la sabiduría y la virtud; y que el desprecio, del cual el vicio y la locura son los únicos objetos apropiados, se otorga a menudo de la manera más injusta a la pobreza y la debilidad, ha sido la queja de los moralistas de todas las épocas.

Deseamos tanto ser respetables como ser respetados. Tememos tanto a ser despreciables como a ser despreciados. Pero, al venir al mundo, pronto descubrimos que la sabiduría y la virtud no son de ningún modo los únicos objetos de respeto; ni vicio y locura, de desprecio. Con frecuencia vemos las respetuosas atenciones del mundo dirigidas más fuertemente hacia los ricos y los grandes que hacia los sabios y virtuosos. Vemos con frecuencia los vicios y locuras de los poderosos mucho menos despreciados que la pobreza y debilidad de los inocentes. Merecer, adquirir y gozar

del respeto y la admiración de la humanidad son los grandes objetos de ambición y emulación. Se nos presentan dos caminos diferentes [...] Se nos presentan dos modelos diferentes, dos cuadros diferentes, según los cuales podemos moldear nuestro propio carácter y comportamiento (Smith [1759] 2005: 53-4).

Hoy como ayer, la sociedad hace sus ofertas a los individuos, y los individuos pueden elegir cuál tomar o dejar. En cualquiera de las épocas, el observador atento puede notar dos rutas que se bifurcan en el punto base de las consideraciones morales y que continúan separándose a medida que avanzan a través de la sociedad y los sistemas económicos. Estas serían consideraciones en torno al “lado de la demanda” del orden social. Smith también ofrece consideraciones tempranas sobre el “lado de la oferta”: el qué y el porqué del orden social. En la cita anterior, el orden social es lo que vincula la economía política a las consideraciones morales en su nivel más básico.

La idea de que existe un orden natural en el que los fuertes someten a los débiles encuentra evidencia amplia —pero ciertamente no exclusiva— en la historia de la civilización humana, así como en el mundo animal, un punto que no se pierde en la teoría social. Como destacó Galbraith (1977), Herbert Spencer sería uno de los principales defensores de la filosofía de la Ley del más fuerte en el siglo XIX bajo el estandarte del darwinismo social: “De una forma u otra, Spencer logró no escribir unos “Principios de economía” —nadie sabe cómo—. Eso no le impidió enunciar las opiniones más crudas sobre economía y política económica jamás pronunciadas por un intelectual. Comparado con él, Bastiat era un meticuloso empirista” (Polanyi, 1950: 57).

Darwin tampoco estuvo libre de pecado. Inspirado por Thomas Malthus, *El origen de las especies* contiene varios errores claves y el subtítulo rara vez pronunciado: *La preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*. No se puede considerar

correctamente que todas las partes del reino animal operan bajo un esquema de matar o morir. ¿Cómo podrían existir los perezosos? Muchas especies de aves también ofrecen un fuerte contraejemplo, ya que sus vidas y energías no están dedicadas a matar o no ser matadas, sino a cortejar a las hembras de la especie. Darwin escribió en una carta que “la vista de una pluma en la cola del pavo real, cada vez que la miro, me enferma”. En otras palabras, Spencer no fue el inventor del darwinismo social; quizás debería llamarse simplemente darwinismo. En todo caso, es otro gran ejemplo de una ciencia que omite —aun con un poco de vómito en la boca— evidencia que contradice sus fines preestablecidos. La verdadera ciencia prueba y refuta la teoría; la pseudociencia establece axiomas y los defiende.

La ley del más fuerte, o más ampliamente entendido como materialismo, ha sido la filosofía, si no la teología, de los fuertes durante milenios, definiendo órdenes sociales en muchas sociedades distintas. Como Graeber o Hudson argumentan explícitamente, y Schumacher de manera más implícita (1973: 314), las grandes religiones del mundo surgieron como una fuerza opuesta al materialismo. Vale la pena señalar que ninguno de estos menciona la “queja de los moralistas en todas las épocas” tan bien expresada por Smith.

Durante siglos, los economistas clásicos y luego los neoclásicos han mantenido el lado equivocado de las contradicciones de Smith, y de una u otra forma han mantenido la “cientificidad” de la teoría materialista, desechando las teorías opuestas del terreno de las ciencias al de la religión y la teología. Hoy tenemos las teorías opuestas del materialismo, respaldadas por la pseudociencia del neoliberalismo, y las teorías de las economías morales que no se consideran dignas de pertenecer a las ciencias sociales.

La queja de Smith de los moralistas, sin duda, está viva hoy, con un orden social liderado por los menos virtuosos, y sufrido por el resto bajo la doctrina de la austeridad y el retorno de una política

pública de “el diablo se lleva al último”. Este panorama está reflejado en títulos de libros contemporáneos como *Y los débiles a sufrir lo que tienen que sufrir?* (Varoufakis, 2016). El libro posterior de Varoufakis incluye un intercambio sobre la percepción pública de las políticas de austeridad y la anterior creencia generalizada que la fiebre se combatía con sangrías (Varoufakis, 2017: 56-57).

Al igual que otros animales, los humanos nos mimetizamos entre nosotros, y dependiendo de la sociedad en la que nos encontremos, puede haber una mayor o menor conformidad “según la cual podemos moldear nuestro propio carácter y conducta”. Esto también aplica al pensamiento. Así como Smith identifica dos caminos diferentes hacia la aceptación social, uno a través de la virtud y el otro a través del vicio, también hay dos caminos para convencer:

Pero por más destructivo que pueda parecer este sistema, nunca podría haberse impuesto a un número tan grande de personas, ni haber ocasionado una alarma tan general entre aquellos que son amigos de mejores principios, si no hubiera bordeado en algunos aspectos la verdad. Un sistema de filosofía natural puede parecer muy plausible y ser durante mucho tiempo muy generalmente recibido en el mundo, y sin embargo, no tener ningún fundamento en la naturaleza, ni ningún tipo de semejanza con la verdad (Smith [1759] 2005: 286).

A diferencia de las ciencias naturales, donde pocos de nosotros fuera de la profesión tendríamos una opinión sobre si Plutón era un planeta, en el terreno de las ciencias sociales, todos tenemos una opinión, ya que todos tenemos experiencia nacida de nuestras propias observaciones y perspectivas, “cualquier tipo de parecido con la verdad” tal como la conocemos. Pero destilar una naturaleza de humanos y sociedades a partir de nuestras propias observaciones limitadas, o de las de otros, es una tarea casi imposible:

Señale cualquier motivo que desee y organice la producción de tal manera que haga de ese motivo el incentivo individual para producir, y habrá inducido una imagen del hombre totalmente absorbido por ese motivo particular. Que ese motivo sea religioso, político o estético; que sea orgullo, prejuicio, amor o envidia; y el hombre aparecerá como esencialmente religioso, político, estético, orgulloso, prejuiciado, enamorado o envidioso. Otros motivos, por el contrario, aparecerán distantes y sombríos ya que no se puede confiar en ellos para operar en el negocio vital de la producción. El motivo particular seleccionado representará al hombre “real” (Polanyi, 1968: 73).

La tarea de comprender la naturaleza humana se ve dificultada por dos realidades sociales. El físico teórico Richard Feynman tiene la famosa cita: “Imagínate cuánto más difícil sería la física si los electrones tuvieran sentimientos”. ¿Y si los electrones fueran el actor físico más poderoso del sistema y no desearan que los actores competidores descubrieran la fuente de su poder, o si el principio de Heisenberg no fuera una reacción física a la luz sino una estrategia de auto conservación? Así como el poder es una realidad en la sociedad, también lo es el poder del pensamiento. Como dice Keynes, “las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando tienen razón como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. De hecho, el mundo está gobernado por poco más. Hombres prácticos, que se creen a sí mismos completamente exentos de toda influencia intelectual, suelen ser esclavos de algún economista difunto” (Keynes, 1936). Sería como si los “sentimientos” de los electrones también definieran su entorno físico. Y luego el entorno físico influyera en sus sentimientos que luego alteraron nuevamente el entorno.

En el mundo social, romper con el rebaño del pensamiento y romper con las propias creencias previas es una tarea difícil para los individuos que, en última instancia, son criaturas sociales y miméticas. Mark Twain señaló que “es mucho más fácil engañar a un hombre que convencerlo de que ha sido engañado”. Así como

siempre hay gente abajo esperando ser engañada, hay quienes están listos para engañar al servicio de los pocos sentados arriba. Estos no necesariamente tienen que ser perniciosos. Todas las sociedades funcionan bajo alguna forma de *telos*, o propósito colectivo, a menudo estrechamente relacionado con formas religiosas muy diferentes. Las normas sociales varían mucho a lo largo de la historia y el tiempo, pero una vez que las personas pierden su orientación social o las razones sociales para producir, a menudo dejan de producir. En el cálculo final, producimos en un contexto social, para “adquirir y gozar del respeto y la admiración de la humanidad”.

Como argumenta Smith, hay dos caminos para ese fin. En el último medio siglo, el pensamiento neoliberal ha conquistado mucho terreno en todos los niveles de la sociedad, sesgando una vez más el mundo de las ideas y la realidad hacia el materialismo. Al igual que en la época de Smith, la teoría neoliberal bordea “en algunos aspectos [a] la verdad”, y al igual que aquel entonces, el neoliberalismo ha creado una narrativa en la que “un sistema de filosofía natural puede parecer muy plausible y ser durante mucho tiempo muy generalmente recibido en el mundo”.

La ambición de cualquier pseudociencia es ser recibida por el mundo como verdad. Su enemigo es la ciencia. Cada práctica tiene su metodología aparte, y al distinguir entre las dos, Polanyi es útil:

las leyes del uno son las de la mente; las leyes del otro son las de la naturaleza. Los dos significados no podrían estar más separados; semánticamente se encuentran en direcciones opuestas de la brújula [...] Los dos significados fundamentales de la economía, el sustantivo y el formal, no tienen nada en común. El último deriva de la lógica, el primero del hecho (Polanyi, 1968: 140).

El camino que ha tomado el neoliberalismo está bien resumido por el premio Nobel Bob Lucas, acreditado como el padre de la “revolución del actor racional”:

Somos cuentistas, operando la mayor parte del tiempo en mundos de fantasía. No encontramos que el reino de la imaginación y las ideas sea una alternativa o un retiro de la realidad práctica. Al contrario, es la única manera que hemos encontrado para pensar seriamente sobre la realidad (Lucas, 1988).

Como se mencionó, Smith no es el precursor intelectual del liberalismo y la economía clásica, y de hecho ofrece una defensa temprana particularmente útil contra ellos y sus formas actualizadas bajo el neoliberalismo actual. Emparejar Smith con Polanyi ofrece una completa caja de herramientas para levantar correctamente la alarma “entre aquellos que son amigos de mejores principios”.

Parte 2: Filosofía moral

Filosofía política: Smith no era un liberal

Smith es inequívoco en su repudio de lo que se ha convertido en los principios tradicionales del liberalismo político:

Es bien sabido que ha sido la doctrina del Sr. Hobbes, que un estado de naturaleza es un estado de guerra; y que antes de la institución del gobierno civil no podía haber una sociedad segura o pacífica entre los hombres. Para preservar la sociedad, por lo tanto, según él, era apoyar el gobierno civil, y destruir el gobierno civil era lo mismo que poner fin a la sociedad [...] las leyes del magistrado civil, por lo tanto, deben considerarse como los únicos estándares últimos de lo que era justo e injusto, de lo que era correcto e incorrecto.

Fue la intención declarada del Sr. Hobbes, al propagar estas nociones, someter las conciencias de los hombres inmediatamente a los poderes civiles, y no a los eclesiásticos [...] Su doctrina, por este motivo, fue particularmente ofensiva para los teólogos, quienes, en consecuencia, no dejaron de ventilar su indignación contra él con gran aspereza y amargura. Era igualmente ofensivo para todos los moralistas sanos, ya que suponía que no había una distinción natural entre el bien y el mal, que estos eran mutables y

cambiantes, y dependían de la mera voluntad arbitraria del magistrado civil. Este relato de las cosas, por lo tanto, fue atacado por todos lados y por toda clase de armas, tanto por la razón sobria como por la declamación furiosa.

Para refutar tan odiosa doctrina, era necesario probar que antes de toda ley o institución positiva, la mente estaba naturalmente dotada de una facultad, por la cual distinguía en ciertas acciones y afectos, las cualidades de derecho, loable, y virtuoso, y en otros los de mal, reprochable y vicioso (Smith [1759] 2005: 290-1).

Así como Polanyi siglos después, Smith identificó la necesidad de definir la naturaleza humana y su dotación natural para refutar las narrativas que justifican los órdenes sociales. Polanyi, como Graeber después, se extiende en disputar el estado “natural” de guerra en ausencia de un gobierno fuerte. Al igual que en el reino animal, lo que ocurre con frecuencia no debe confundirse con lo que tiene que ocurrir y lo que es natural. Se pueden delinear dos posiciones contrapuestas. Una empareja una naturaleza humana que es incorregiblemente mala con “un sistema de filosofía natural” de la Ley del más fuerte; la otra empareja una naturaleza humana que dota a los individuos de una distinción natural entre el bien y el mal con un sistema de filosofía moral. La primera posición, adoptada por Hobbes, es ofensiva no solo para los “teólogos”, sino para todos los “moralistas sanos”, ya que deja a la humanidad sin buenas alternativas; las sociedades deben elegir entre la Escila de la vida breve, desagradable y brutal o la Caribdis de la Leviatán del gobierno cruel. Sin esperanza de mejora humana en teoría, no hay base para una lucha por mejorar las cosas en la práctica. De hecho, este sería el punto del falso dilema tal como se presenta tanto en nuestro tiempo como en el de Smith, y es por eso que el materialismo es la filosofía de los fuertes: no hay que criticar el gobierno cruel, es solo la naturaleza humana.

Los mejores lados de nuestra naturaleza, por lo tanto, encuentran todos los incentivos para quedar fuera de la conversación, y se encuentran muchas formas para su exclusión: “según el Sr.

Hobbes [...] el hombre se ve impulsado a refugiarse en la sociedad, no por ningún amor natural que siente por los de su propia especie, sino porque sin la ayuda de los demás es incapaz de subsistir con comodidad o seguridad” (Smith [1759] 2005: 288). El amor humano no puede entrar en la ecuación, y el amor por los hermanos de uno o por una comunidad o nación más amplia debe explicarse como “una tendencia remota a su propio interés”. Para Smith, “la mente era naturalmente dotada de una facultad” de amor propio, sin la cual los humanos no pueden funcionar correctamente dentro de una sociedad, y mucho menos ser productores útiles. Como exploraremos más adelante, la producción también se descarta como otra forma de “tendencia remota” hacia el interés propio. La discusión de Smith con el Dr. Mandeville nos ayuda a llegar al punto.

Mientras discrepa enérgicamente de Hobbes, Smith ataca con mayor dureza al Dr. Mandeville, y en particular a su engañosa metodología:

Hay, sin embargo, otro sistema que parece suprimir por completo la distinción entre vicio y virtud, y cuya tendencia es, por ese motivo, totalmente perniciosa: me refiero al sistema del Dr. Mandeville. Aunque las nociones de este autor son erróneas en casi todos los aspectos, hay, sin embargo, algunas apariencias en la naturaleza humana que, vistas de cierta manera, parecen a primera vista favorecerlas. Éstos, descritos y exagerados por la elocuencia animada y humorística, aunque tosca y rústica, del Dr. Mandeville, han dado a sus doctrinas un aire de verdad y probabilidad que es muy apto para imponerse a los inexpertos (Smith [1759] 2005: 281)

Al igual que Hobbes argumenta que hay un interés propio indirecto en ser bueno con los demás, también lo hace el Dr. Mandeville:

el hombre, observa, está naturalmente mucho más interesado en su propia felicidad que en la de los demás, y es imposible que en su corazón pueda realmente preferir la prosperidad de ellos a la

suya. Cada vez que parece hacerlo, podemos estar seguros de que nos impone, y que entonces está actuando por los mismos motivos egoístas que en todas las demás ocasiones [...] Todo espíritu público, por lo tanto, toda preferencia del interés público al privado es, según él, un mero engaño e imposición a la humanidad (Smith [1759] 2005: 281).

Las consideraciones sobre los intereses públicos y privados se construyen sobre las mencionadas dos posiciones opuestas, delineadas por la naturaleza humana y filosofía, y culminan en consideraciones sobre la sociedad. Como se mencionó, Smith es uno de los académicos tempranos en considerar la evaluación del comportamiento individual a través de la lente de la sociedad: “La sociedad humana, cuando la contemplamos bajo cierta luz abstracta y filosófica, aparece como una gran, inmensa máquina [...] así que la virtud, que es, por así decirlo, el pulido fino de las ruedas de la sociedad, necesariamente agrada; mientras que el vicio, como el vil óxido, que las hace chocar y rechinar unas con otras, es igualmente necesariamente ofensiva” (Smith [1759] 2005: 288). Smith pasa muchos capítulos en argumentos largos y convincentes que discuten el vicio y la virtud, y diferencian entre la virtud del amor propio, una de esas facultades “dotadas naturalmente”, y el vicio del egoísmo. Visto a través de la lente de la sociedad, Smith afirma que “la virtud es el gran apoyo y el vicio el gran perturbador de la sociedad humana” (Smith [1759] 2005: 288). Sin embargo, los neoliberales de hoy, a través de su propia metodología anticientífica, han convertido a Smith en el Dr. Mandeville, el hombre al que más duramente criticó: “Es mediante este sofisma, que establece su conclusión favorita, que los vicios privados son beneficios públicos” (Smith [1759] 2005: 285).

Filosofía económica: Smith no fue un clásico

Regresamos a la estrategia del neoliberalismo de retomar algunas citas clave de Smith y derribarlas a golpes de familiaridad y mala interpretación hasta que se pierde el significado original:

Pero el hombre tiene ocasión casi constante de la ayuda de sus hermanos, y es en vano esperarla sólo de su benevolencia. Será más probable que prevalezca si puede interesar su amor propio en su favor y mostrarles que les conviene hacer por él lo que él requiere de ellos. Quien ofrece a otro un trato de cualquier tipo, se propone hacer esto. Dame lo que quiero, y tendrás lo que quieres, es el significado de cada oferta; y es de esta manera que obtenemos unos de otros la mayor parte de los buenos oficios que necesitamos. No es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero de la que esperamos nuestra cena, sino de su consideración por su propio interés. Nos dirigimos, no a su humanidad, sino a su amor propio, y nunca les hablamos de nuestras propias necesidades, sino de sus ventajas. Nadie excepto un mendigo elige depender principalmente de la benevolencia de sus conciudadanos (Smith [1776] 2005: 18).

Esta frase “clásica” de Smith ha sido golpeada hasta la sumisión cansada de una justificación de la codicia, pero el pasaje anterior no se lee así. A nivel social, Smith describe cómo halagamos al otro y sus capacidades, sin molestarlo con nuestras necesidades, y mucho menos cargar a todos con un miembro improductivo de la sociedad. Hay entonces dos niveles, que pueden fusionarse en espacios de mercado. Polanyi recomienda concisamente “separar las transacciones económicas de las transacciones de estatus en el que aparecieron originalmente”. Si bien no toda la sociedad es un espacio de mercado, todos los espacios de mercado son espacios sociales e involucran relaciones tanto sociales como comerciales. En la superficie, el uso más aparente del mercado es nuestro aprovisionamiento material, pero no menos aparente, pero nunca invisible, es el nivel social, que el “propósito del intercambio es acercar las relaciones fortaleciendo los lazos de reciprocidad” (Polanyi, 1968: 90).

Particularmente en muchas economías del Atlántico norte que han liderado el camino en la desocialización de las transacciones económicas, cualquier noción de los lazos sociales implícitos en una compra o venta en muchos casos permanece solo en su

creciente ausencia. Aún más remota para la mentalidad moderna es la idea del mercado como una construcción social. Sin embargo, el aprovisionamiento material también es eminentemente social en su naturaleza, y en este campo, podemos ver una comprensión más completa de la refutación de Smith al Dr. Mandeville. Aquí, el egoísmo es también un vicio porque uno no ayuda a los demás, sino que depende de los conciudadanos. El amor propio es una virtud, porque si no podemos amarnos a nosotros mismos, y primero asegurar nuestras propias necesidades materiales, no podemos tener la voluntad mental o la fuerza física necesaria para proveer a los demás en la forma de producción. Visto desde el ángulo del aprovisionamiento social, la codicia es el más antisocial de los vicios, porque si todos somos egoístas, ¿quién proveerá para la sociedad?

Para Smith, los poderes divinos protegen a la sociedad, promoviendo a su vez los mercados y la producción. Para pensadores anteriores, los poderes divinos protegen los mercados y la producción, que a su vez protegen a la sociedad. Graeber relaciona la noción islámica de que “cualquier interferencia del gobierno en los mecanismos del mercado debe considerarse igualmente sacrílego, ya que los mercados fueron diseñados por Dios para regularse a sí mismos” (Graeber, 2011: 279). Así, tenemos las posibilidades de tres formas de determinismo: el orden divino de la sociedad, como lo argumenta Smith, el orden divino del mercado, como lo relata Graeber, y el orden social de la sociedad y el mercado, como lo argumenta Polanyi. El atípico es el neoliberalismo, que eleva el mercado a lo divino.

La mano de Júpiter

Habiendo dado algo de contexto a la diferencia entre el vicio de la codicia y la virtud del amor propio, y de si Dios protege el mercado o la sociedad, ahora podemos prestar atención a la frase

de Smith que se repite con mayor frecuencia, y que se malinterpreta con mayor frecuencia, la de la mano invisible:

Al preferir el apoyo de la industria nacional al de la extranjera, sólo pretende su propia seguridad; y al dirigir esa industria de tal manera que su producto pueda ser del mayor valor, solo pretende su propia ganancia; y en este, como en muchos otros casos, es conducido por una mano invisible para promover un fin que no era parte de su intención. Tampoco es siempre peor para la sociedad que no formara parte de ella. Al perseguir su propio interés, frecuentemente promueve el de la sociedad con más eficacia que cuando realmente intenta promoverlo. Nunca he conocido mucho bien hecho por aquellos que afectaron para comercializar por el bien público. Es una afectación, en verdad, no muy común entre los comerciantes, y se necesitan muy pocas palabras para disuadirlos de ella (Smith [1776] 2005: 364).

Hay tres puntos particulares de interés en la cita. Primero, aquí no se menciona el mercado: como es el caso del panadero carnicero y el del cervecero, la sociedad es lo que al final se promueve. En segundo lugar, como para enfatizar la necesidad de leer los dos libros de Smith, hay lo que consideramos dos citas escandalosas de manos invisibles, una de cada libro. El escándalo de la cita anterior deriva precisamente de su extendida mala interpretación. La otra cita escandalosa de la mano invisible, a la que pronto llegamos, revela muchas de las contradicciones de Smith, pero curiosamente nunca es contemplada por el neoliberalismo, al menos explícitamente.

Pero antes, retomamos el tercer punto, la falta de afectación del comerciante por el bien público, y con él comenzamos a rastrear cómo la escuela clásica de economía hizo la transición de un orden social a un orden de mercado, para ser perfeccionada con la elevación neoliberal del mercado a la divinidad. Volvemos de nuevo a la redacción exacta de la cita de la mano invisible: no siempre, sino sólo “frecuentemente”, la ganancia del individuo es la de la sociedad. La actividad individual que es una excepción a la

tendencia es la del comerciante. Esta es la actividad identificada por Polanyi tal como la personificaría la economía clásica, cuyos motivos extendería a todos los individuos:

El motivo de la ganancia era específico a los comerciantes, al igual que el valor al caballero, la piedad al sacerdote y el orgullo al artesano. La idea de hacer universal el motivo de la ganancia nunca pasó por la cabeza de nuestros antepasados. En ningún momento anterior al segundo cuarto del siglo XIX los mercados fueron más que una característica subordinada de la sociedad (Polanyi, 1968: 67).

Como cualquier otro engranaje de la máquina, un comerciante individual no está en posición de “comerciar por el bien público”, al menos por mucho tiempo. Lo mismo puede decirse de trabajar por el interés nacional, especialmente entre la clase de comerciantes, ya que por la naturaleza de su profesión están particularmente separados de las lealtades nacionales: “Un comerciante, se ha dicho con mucha propiedad, no es necesariamente ciudadano de ningún país particular” (Smith [1776] 2005: 346). El interés del comerciante no puede ser el de la sociedad o del país: “Los comerciantes sabían perfectamente de qué manera se enriquecía, era su negocio saberlo. Pero saber de qué manera enriquecía al país, no era parte de su negocio” (Smith [1776] 2005: 346). Smith, por lo tanto, tiene a los comerciantes bien ubicados como una excepción a la mano invisible por dos motivos: no convierten su propio interés en un bien público, ni contribuyen al interés público nacional. La economía clásica luego construiría una teoría exactamente donde Smith advirtió que no se hiciera, y posteriormente el neoliberalismo elogiaría la mano invisible exactamente por lo que no era. Como veremos en breve, la otra mano invisible escandalosa recibe un tratamiento casi opuesto por parte de la economía clásica y neoliberal.

Primero, para cerrar esta sección, volvemos a la idea de Polanyi de que “el motivo particular seleccionado representará al hombre 'real'” y los emparejamientos entre las formas de producción, las

órdenes sociales, y el sentido de propósito necesario para inculcar en los individuos para asegurar la producción. En la buena sociedad descrita por Smith o Schumacher, es el amor dado por Dios lo que obliga a uno a producir para uno mismo y para la comunidad. Como enfatiza Polanyi, las necesidades del capitalismo industrial requerían que todos los individuos actuaran con la mentalidad de un engranaje inanimado en la máquina productiva —todo está ahí para ganar dinero. En el capitalismo financiero de hoy, la producción es secundaria y los humanos quizás terciarios. Como hoy hemos superado el problema de la producción, pero no hemos encontrado nada mejor que hacer como sociedad, la vanidad y los crasos deseos materiales han vuelto a convertirse en los medios más destacados con los que los individuos buscan “ser respetables y ser respetados”, al igual que las sociedades feudales europeas a las que Smith echa tanto desprecio. La falta de un sentido de propósito en la sociedad occidental incluso fue irónicamente lamentada por Fukuyama (2001) en *“El fin de la historia”* hace dos décadas, cuando las expresiones de narcisismo y vanidad aún no definían la sociedad occidental, y particularmente la estadounidense, al grado en que lo hacen hoy.

Entonces, las modas de pensamiento han progresado desde la idea de Mandeville de que todos somos fundamentalmente egoístas, incluso en entornos sociales, hasta equiparar a los humanos con máquinas con fines de lucro en la Europa del siglo XIX, hasta la fórmula actual de las redes sociales de demostraciones vulgares de vanidad, destinadas a impresionar a una sociedad virtual. Las modas de pensamiento están íntimamente ligadas al pensamiento convencional. En la Europa del siglo XIX: “Era casi imposible evitar la conclusión errónea que así como el hombre “económico” era el hombre “real”, el sistema económico era la sociedad “real”. Como suele suceder cuando el pensamiento convencional se infiltra profundamente, incluso los más rebeldes preferirían no ser considerados bribones o “chiflados monetarios”, como ha sido el

caso durante siglos” (Galbraith, 1975: 42). En el siglo XIX, “Los utilitaristas llegaron tan lejos a [...] dotar el lado “económico” del carácter del hombre con el aura de la racionalidad. Aquel que se hubiera negado a imaginar que actuaba sólo por lucro, era considerado no sólo inmoral, sino también loco” (Polanyi, 1968: 70).

Hoy, después de una desastrosa respuesta “dirigida por la ciencia” a la pandemia de COVID, y en el contexto de aumentos de tasas de interés coordinados sin precedentes alrededor del mundo, y la amenaza cada vez mayor de una guerra nuclear, los disidentes son una vez más referidos como “chiflados” por intelectuales como Krugman: “Un hecho triste pero cierto de la vida es que la mayoría de las veces la sabiduría convencional y la opinión de los expertos tienen razón” (Krugman, 2023a).

Parte 3: El dinero y el orden social

Dinero, mercados y hombre

La visión de Smith del dinero, los mercados y los hombres, es coherente y consistente como parte de su divinamente ordenado sistema social. Smith hace gran esfuerzo para emitir juicios morales sobre cómo se crea y usa el dinero, de modo que, en el mundo de las finanzas, el dinero bueno y malo siguen la moral buena y la mala. En la “inmensa máquina”, el dinero bueno sería “el pulido fino” a sus ruedas, mientras que el dinero malo “las hace chocar y rechinar unas con otras”. Al contrario del pensamiento neoliberal que no encuentra orígenes sociales del dinero, para Smith el dinero no es por naturaleza bueno ni malo, sino que asume el papel de sus amos humanos. Bajo la ceguera neoliberal de hoy, el dinero se convierte en el máximo fetiche, como argumentan Marx y otros. El hombre hace su creación, y luego se hinca ante ella como si fuera una deidad: todopoderosa, pero no para ser cuestionada ni comprendida.

Examinaremos ahora los puntos de vista de Smith sobre el dinero, pasando de lo más general a lo más específico, comenzando con las muchas contradicciones —reales y aparentes— de tener a los ricos gobernando el gallinero en el orden social divinamente creado de Smith. Llegamos a la ya mencionada segunda cita escandalosa de la mano invisible:

Los ricos sólo eligen del montón lo más precioso y agradable. Consumen poco más que los pobres, y a pesar de su egoísmo y rapacidad natural, aunque sólo buscan su propia conveniencia, aunque el único fin que se proponen del trabajo de todos los miles que emplean, es la gratificación de su propios deseos vanos e insaciables, reparten con los pobres el producto de todas sus mejoras. Son guiados por una mano invisible para hacer casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida, que se habría hecho si la tierra hubiera sido dividida en partes iguales entre todos sus habitantes, y así, sin proponérselo, sin saberlo, avanzan el interés de la sociedad, y proporcionan medios para la multiplicación de la especie. Cuando la Providencia repartió la tierra entre unos pocos amos señoriales, no olvidó ni abandonó a los que parecían haber quedado fuera en la partición. Estos últimos también disfrutaban de su parte de todo lo que produce. En lo que constituye la verdadera felicidad de la vida humana, no son inferiores en ningún aspecto a aquellos que parecen estar muy por encima de ellos. En la tranquilidad del cuerpo y la paz de la mente, todos los diferentes rangos de la vida están casi al mismo nivel, y el mendigo, que se asolea al lado de la carretera, posee esa seguridad por la que luchan los reyes (Smith [1759] 2005: 165).

Esta cita intrigante servirá como guía para esta tercera parte del artículo, pero se requiere de mucho contexto. En primer lugar, si contextualizamos este argumento dentro del pensamiento de Smith, esta cita se trata de forma muy parecida a aquella con la que Smith comienza *La teoría de los sentimientos morales*. Smith establece la suposición de que los humanos son egoístas y luego dedica muchos capítulos a enumerar las razones en contra de la suposición. La suposición clave cuando se trata de dinero es que

Dios diseñó el mundo para que “unos pocos amos señoriales” lo gobernaran. Sin embargo, hay una diferencia crucial entre el tratamiento de Smith de las dos suposiciones. Smith cierra bastante bien la puerta a cualquier idea de que Dios quiere que las personas sean egoístas, mientras que nunca cierra la posibilidad de que los ricos gobiernen el orden. Dentro de los dos libros de Smith, no es un apologista del materialismo ni de los ricos. En la cita anterior, salen muy a la ligera sólo como egoístas y vanidosos y de rapacidad insaciable. Sin embargo, a primera vista, Smith está exagerando en la cita anterior, y la idea del mendigo tomando el sol escocés y disfrutando de la verdadera felicidad de la vida humana, toca una mala nota para el oído actual. Por lo tanto, es importante señalar que aquí está alabando al sistema, no a los ricos.

Aquí es donde se abre la contradicción: si todos los ricos son por definición más viciosos que virtuosos, ¿cómo es tan perfecto el sistema? ¿Que los ricos gobiernen el sistema no sería la causa principal de que la sociedad recompense y emule los vicios de los ricos y no la virtud de los sabios? Esta es una contradicción clave que deja Smith y que retoma el neoliberalismo. Pero antes de llegar a examinar esta paradoja a la que dedicaremos mucho tiempo, examinemos rápidamente las aparentes contradicciones en la cita anterior. Hoy en día, es bastante evidente que no hay “una mano invisible para hacer casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida”, o que los ricos “consumen poco más que los pobres” o que “reparten con los pobres el producto de todas sus mejoras”.

Siglos más tarde, es difícil saber que tan creíbles eran estas declaraciones para los lectores de Smith. Hoy ciertamente tienen poco parecido con la realidad. Como siempre, el contexto es clave, y cuando Smith escribió estas palabras, su país estaba en la cúspide del capitalismo industrial, y una de sus primeras y más destacadas formas, la fábrica textil, aún no se había establecido

(Beckert, 2015). Y como pronto se hará más evidente, Smith está hablando de capitalistas productivos. Siglos más tarde, Keynes ofreció perspectiva sobre un elemento importante para mantener cierto equilibrio en la distribución entre ricos y pobres y sus patrones de consumo:

Ahorrar e invertir se convirtió a la vez en el deber y el deleite de una gran clase. Los ahorros rara vez se utilizaron y, al acumularse a interés compuesto, hicieron posible los triunfos materiales que ahora todos damos por sentado. La moral, la política, la literatura y la religión de la época se unieron en una gran conspiración para la promoción del ahorro. Dios y Mammón se reconciliaron. Paz en la tierra para los hombres de buenos recursos (Keynes 1931, 84-85).

En cuanto a la división entre ricos y pobres y los productos de sus mejoras, se destaca que para Smith lo primordial es el sistema natural en el que la sociedad sea productiva y próspera, y esto depende de cómo funcione la sociedad, no de cuánto dinero tenga. Es la sociedad (compuesta principalmente por trabajadores) en primer lugar, y el dinero en segundo lugar: “Es el trabajo, debe recordarse siempre, y no una mercancía en particular, o conjunto de mercancías, que es la medida real del valor tanto de la plata como de todas las demás mercancías” (Smith [1776] 2005: 159). Sin embargo, la sociedad debe estar debidamente dirigida, y justo este es el papel de los “pocos amos señoriales”, que pueden dirigir sociedades para que sean más o menos productivas. Tales consideraciones nos remiten a la concepción de economía política de Smith, y que es más propio que el soberano establezca las condiciones bajo las cuales cada persona puede valerse por sí misma, y no tener que ser provisto directamente por el soberano. A diferencia de la visión limitada del dinero del neoliberalismo, Smith entiende claramente cómo el dinero puede ser el amo de una mala sociedad o el servidor de una buena:

En las ciudades mercantiles y manufactureras, donde los rangos inferiores de la gente se mantienen principalmente mediante el

empleo de capital, son en general laboriosos, sobrios y prósperos; como en muchos pueblos ingleses, y en la mayoría de los holandeses. En aquellos pueblos que se sostienen principalmente por la residencia constante u ocasional de una corte, y en las que los rangos inferiores de la gente se mantienen principalmente mediante el gasto de los ingresos, en general están ociosos, disolutos y pobres; como en Roma, Versailles, Compeigne y Fontainbleau. Si se exceptúan Rouen y Burdeos, hay poco comercio o industria en cualquiera de las ciudades parlamentarias de Francia; y los rangos inferiores de la gente, que se mantienen principalmente a expensas de los miembros de los tribunales de justicia, y de aquellos que vienen a abogar ante ellos, son en general ociosos y pobres (Smith [1776] 2005: 274).

Esta cita da una mejor idea de cómo los ricos pueden “repartir con los pobres el producto de todas sus mejoras”. Cuando los ricos están a la cabeza de sistemas menos productivos, como el que tiene su sede en el mencionado Versailles, pronto pueden rodar cabezas. En ese momento de la historia, la empresa capitalista productiva, la mayoría de las veces de los pueblos y ciudades, había estado enfrentada durante mucho tiempo con el sistema productivo feudal del campo, como lo atestigua el levantamiento de las ciudades libres y la unión de varias de ellas en el Liga Hanseática. Dentro de su contexto histórico, ciertamente es fácil imaginar cómo los sentimientos de Smith favorecían a los ricos productivos sobre los ociosos, y cómo llevaron a Smith a exagerar la perfección del sistema con ellos dirigiéndolo.

A pesar de la crítica de Smith del sistema francés, ni lo tiene en la más baja estima entre sus pares europeos:

La administración de las colonias francesas, sin embargo, siempre se ha llevado a cabo con mucha más cuidado y moderación que la de las españolas y portuguesas. Esta superioridad de conducta es adecuada tanto al carácter de la nación francesa como a lo que forma el carácter de cada nación, la naturaleza de su gobierno, que, aunque arbitrario y violento en comparación con el de Gran

Bretaña, es legal y libre en comparación con las de España y Portugal (Smith [1776] 2005: 473-4).

Smith señala en varias ocasiones en su obra a los ibéricos como el máximo ejemplo de los ricos ociosos, y del dinero que no crea riqueza:

Este aumento de la cantidad de esos metales, sin embargo, no parece haber aumentado la producción anual, ni ha mejorado las manufacturas y la agricultura del país, ni ha mejorado las circunstancias de sus habitantes. España y Portugal, los países que poseen las minas, son, después de Polonia, quizás los dos países más pobres de Europa (Smith [1776] 2005: 203).

Dentro del debate sobre si el descubrimiento de abundantes metales preciosos en las Américas fue un catalizador de la revolución industrial, la visión histórica más convencional que sostiene la posición afirmativa encuentra una temprana contraposición con Smith, quien, como veremos más adelante, presenta un fuerte argumento para la adopción del papel moneda como el mayor catalizador:

No es por la importación de oro y plata que el descubrimiento de América ha enriquecido a Europa... El descubrimiento de América, sin embargo, ciertamente hizo uno muy esencial. Al abrir un mercado nuevo e inagotable a todas las mercancías de Europa, dio ocasión a nuevas divisiones y mejoras del arte, que en el estrecho círculo del comercio antiguo nunca podrían haber tenido lugar, por falta de un mercado que asumiera la mayor parte de su producción (Smith [1776] 2005: 357-358).

La definición de economía política de Smith que citamos anteriormente depende en gran medida de su concepción de la sociedad y de la posición de los ricos en la cúspide del orden social. Si el dinero se maneja juiciosamente, puede aprovechar las fuerzas sociales para que se alineen con las productivas, y con la marea alta todos los barcos flotan. Esto contribuye a una sociedad feliz y contenta, y también a la política: “el buen humor y la

moderación de las facciones contendientes parecen ser las circunstancias más esenciales en la moral pública de un pueblo libre” (Smith [1776] 2005: 632). Cuando los ricos están a la cabeza de este sistema, podemos tolerar sus pecados, tanto como podemos tolerar la falta de nacionalismo de los comerciantes. Todo es parte de un sistema bien equilibrado que funciona para todos. Sin embargo, cuando el sistema se desequilibra y aumentan las presiones sobre la sociedad y la producción, y sus ruedas comienzan a “rechinar unas contra otras”, los pecados de los ricos son menos tolerables, ya que sus vicios privados conducen a una virtud pública cada vez menor.

Una división de los ricos de Smith en aquellos que están en la cima de un orden socialmente más o menos favorable, contribuye en gran medida a comprender la posición general de Smith, pero hace poco para resolver la incongruencia fundamental de por qué Dios debería confiar un orden social virtuoso a los viciosos y no los virtuosos. De hecho, esta contradicción lógica se profundiza aún más en los argumentos de Smith cuando arguye que los ricos arruinan la política y también arruinan los sistemas financieros. Pero también se profundiza mediante una notable excepción histórica: a pesar de los amplios estudios clásicos de Smith, hay muy poca mención de su filosofía o historia que trata con los ricos y su relación con el resto de la sociedad. Atendemos estos puntos en orden.

Smith tiene una visión intransigente de los ricos en la política. Si el gobierno se hace sólo para ellos, se convierte en una institución para defender el vicio y no la virtud: “El gobierno civil, en la medida en que se instituye para la seguridad de la propiedad, es, en realidad, instituido para la defensa de los ricos contra los pobres, o aquellos que tienen alguna propiedad contra los que no tienen ninguna” (Smith [1776] 2005: 584). Este problema central da lugar a dos subsiguientes. Primero, “...este esquema de subordinar la administración de justicia a los propósitos de los

ingresos, difícilmente podría dejar de producir varios abusos muy graves” (Smith [1776] 2005: 584). Como se ha mencionado, décadas de teoría neoliberal ahora describen la realidad.

El precedente de 2013 de demasiado grande para enjuiciar, en el que se consideró que el banco HSBC era demasiado grande para quebrar para la economía y, por lo tanto, demasiado grande para enjuiciar, dado que si pagara una multa de alguna manera acorde con sus delitos, quebraría, y por lo tanto, colapsaría la economía (Black, 2013). Se cobraron multas, se aumentaron los ingresos del gobierno, se colocó a una corporación por encima del mercado y por encima de la ley, y los abusos fueron muy graves.

El otro problema subsiguiente es que “...los ricos, en particular, están necesariamente interesados en apoyar ese orden de cosas, que es el único que puede asegurarles la posesión de sus propias ventajas” (Smith [1776] 2005: 583). Entonces, mientras el neoliberalismo ha tomado la primera mano invisible escandalosa y la ha llenado de un significado diferente, abraza silenciosamente la segunda mano invisible. Al igual que al liberalismo clásico nunca le importó demasiado escapar de la contradicción de la riqueza heredada dentro de la ideología política del liberalismo (Galbraith, 1977), hoy tales preocupaciones se descartan con los argumentos más insinceros. Los ricos aún deberían gobernar, pero ahora es sólo porque el hipercapitalismo ha engendrado la hipermeritocracia. Pero poco ha cambiado: “...el nacimiento y la fortuna son evidentemente las dos circunstancias que principalmente colocan a un hombre por encima de otro” (Smith [1776] 2005: 582-3).

Mientras que el orden social favorable de Smith está bajo control divino, para pensadores posteriores como Galbraith y Polanyi, está bajo control social terrenal, y las fuerzas compensatorias, o el doble movimiento, que, respectivamente, mantienen el equilibrio en el orden social entre los pocos ricos y los muchos trabajadores. Estas fuerzas no siempre se presentan, y la sociedad no siempre

está en equilibrio armonioso. En efecto, estos momentos de gran avance civilizatorio, los “intervalos dorados” en palabras de Keynes, son mucho más escasos que las épocas plúmbeas de la historia, como aquella en la que nos encontramos cada vez más: “todo para nosotros, y nada para los demás, parece, en todas las épocas del mundo, haber sido la vil máxima de los amos de la humanidad” (Smith [1776] 2005: 334). Pasamos ahora a contradicciones aún mayores dentro del pensamiento de Smith en el contexto del sistema monetario.

La naturaleza del dinero y el sistema monetario internacional

Si para Smith los ricos nunca pueden ser virtuosos en sí mismos, pero sí pueden formar parte de un sistema virtuoso, lo mismo puede decirse de ellos cuando son banqueros. Como se señaló, Smith deja poco espacio lógico para explicar por qué los ricos pueden ser más o menos virtuosos como políticos; sin embargo, explica completamente cómo los ricos como banqueros pueden aumentar la producción de una sociedad. La misma línea divisoria para el dinero también se aplica a la banca. Dependiendo de su virtuosismo, la banca puede “pulir las ruedas de la sociedad”, o hacer que “rechinen entre sí”. El mentor de Smith, y más tarde su amigo, David Hume, expresa un sentimiento similar: “El dinero no es, propiamente hablando, uno de los sujetos del comercio [...] No es ninguna de las ruedas del comercio: es el aceite lo que hace que el movimiento de las ruedas sea más suave y fácil” (Hume, 1754: 281).

Las finanzas por naturaleza cruzan fronteras —nacionales u otras—, ya que oro y la plata se han utilizado durante mucho tiempo como dinero en el comercio a larga distancia. Los valores de tales metales preciosos fueron ordenados, por poner un ejemplo, por el código de Hammurabi, cuyas unidades de cuenta perduraron siglos más allá de esa civilización (Hudson, 2018). Las

órdenes monetarias han ido y venido a lo largo de los siglos, y permanecen hoy, en formas modificadas.

En términos de comercio internacional y el flujo de dinero, hoy como en la época de Smith, los diferenciales en las tasas de interés nacionales son mucho más fáciles de observar que de entender: “Pero la tasa de ganancia no aumenta, como la renta y los salarios, con la prosperidad, y cae con el declive de la sociedad. Por el contrario, es naturalmente baja en los países ricos y alta en los países pobres, y siempre es más alta en los países que van más rápidamente a la ruina” (Smith [1776] 2005: 213). Hay dos partes importantes de la frase anterior, la relacionada con la rentabilidad del capital, y la segunda, donde es más o menos rentable. La reaparición de la palabra natural atraviesa ambas partes, y se comprende fácilmente a través de la explicación divina de Smith.

Los intentos de las ciencias sociales por llegar a una mejor respuesta sin la determinación divina han sido lentos y difíciles, y ciertamente incompletos. Cuando la economía convencional habla hoy de un orden monetario, a veces se emplea el término más correcto estándar dólar, mientras que el término ligeramente menos correcto “moneda de reserva global” es más frecuente. El tema es quizás incluso menos estudiado y más fuera de los límites que el patrón oro de siglos pasados, donde podemos encontrar testigos de la misma dinámica: “el patrón oro cae dentro de las esferas de la moral o la religión, donde el libre pensamiento está fuera de lugar” (Keynes 1931, 221).

En el contexto actual, Krugman es un poderoso defensor del orden del mercado, que no debe ser cuestionado, ni siquiera considerado:

¿Por qué, entonces, la gente está dando tanta importancia al posible fin del dominio del dólar? La respuesta, creo yo, es que los problemas de divisas globales se presentan como glamorosos y misteriosos, así que la gente imagina que deben ser importantes - y sí, a algunas personas les gusta hablar de ellos porque piensan que los hace sonar sofisticados. Tienes que trabajar realmente con

los números para apreciar lo poco que está realmente en juego (Krugman, 2023b).

Quizás si uno se pierde en los números o en la teoría, el orden monetario puede perderse de la vista. Pero evidentemente hay un orden monetario, y por ello, las tasas de interés son una buena indicación de quién es quién y dónde se encuentran en el sistema. Los países con tasas de interés más altas son deudores y los que tienen tasas de interés más bajas, son acreedores. Smith, que estaba ansioso por diferenciar entre el conocimiento práctico y el “ornamental”, evidentemente encontró que estas diferencias eran del primer y no del segundo orden de conocimiento:

La práctica del financiamiento ha debilitado gradualmente a todos los Estados que la han adoptado. Las repúblicas italianas parecen haberlo comenzado. Génova y Venecia, las dos únicas que quedan y que pueden reclamar una existencia independiente, han sido debilitadas por ella. España parece haber aprendido la práctica de las repúblicas italianas, y (siendo sus impuestos probablemente menos juiciosos que los de ellas) se ha debilitado, en proporción a su fuerza natural, aún más. Las deudas de España son muy antiguas. Estaba profundamente endeudado antes de finales del siglo XVI, unos cien años antes de que Inglaterra debiera un chelín. Francia, a pesar de todos sus recursos naturales, languidece bajo una carga opresiva del mismo tipo. La república de las Provincias Unidas está tan debilitada por sus deudas como Génova o Venecia. ¿Es probable que, sólo en Gran Bretaña, una práctica, que ha traído debilidad o disolución a todos los demás países, debería resultar completamente inocente? (Smith [1776] 2005: 768).

Hoy como ayer, un país acreedor no necesariamente disfruta de ningún beneficio público de las actividades internacionales de sus banqueros, pero un país necesariamente sufre un empeoramiento general de las condiciones cuando es deudor. Al igual que hoy, donde la frase “privatización de las ganancias y socialización de las pérdidas” ha llegado a sintetizar el sistema, el enfoque de Smith en la división entre los intereses privados y el interés

público es de gran instrucción. Cuando un país se encuentra en una posición deudora, los bancos internacionales están realizando su interés privado a expensas del interés nacional. El camino “a la ruina” de Smith tiende a ser de gran beneficio para el acreedor, particularmente si puede descargar su deuda dudosa sobre inversionistas tontos antes de que se pudra: “mientras haya bancos, habrá alguien que se queda con una bolsa de Bonos rusos sin valor” (Braudel, 1944). Como menciona Smith y enfatiza Braudel, España es un ejemplo particularmente ilustrativo (Braudel, 1944: 133-344-5). Mientras España y otros países fueron arruinados por bancos extranjeros que perseguían sus intereses privados, Inglaterra fue hecha por sus bancos. En algún lugar en medio está Francia, también arruinada por la banca, pero a un nivel verdaderamente internacional, con el escocés John Law seduciendo a la corte francesa en lo que se convertiría en una hoguera histórica de riqueza de papel.

Smith sobre la banca: la mano invisible que trae el stock¹ muerto a vida

Hoy, cuando los bancos centrales buscan calibrar sus objetivos de tasa de interés con la “tasa de interés natural”, nominalmente para mantener la estabilidad de precios, su base para hacerlo está nuevamente fuera de los límites propios de las ciencias sociales: “la historia de cómo llegó el 2 por ciento a definir 'estabilidad de precios' es peculiar, y que el argumento para mantener ese objetivo se basa menos en la economía directa que en preocupaciones casi metafísicas” (Krugman, 2022).

Así, en cuanto al patrón dólar, la posición dominante, sintetizada por Krugman, es ¿a quién le importa?; para la tasa natural, es ¿quién sabe? Krugman, también ganador del Nobel, es un

¹ Nota: En su sentido aquí, *stock* es un monto acumulado (existencias) de cualquier cosa que se piensa usar en el futuro.

abanderado del pensamiento neoliberal actual, y también marca la pauta para la banca, adoptando la visión que “cualquier banco individual, de hecho, tiene que prestar el dinero que recibe en depósitos. Funcionarios bancarios de préstamo no pueden simplemente emitir cheques de la nada; como los empleados de cualquier intermediario financiero, deben comprar activos con los fondos que tienen a la mano” (Krugman, 2012).

Hasta qué grado los bancos solo pueden prestar “fondos prestables”, o que pueden crear dinero de dominio contable fue objeto de debate parlamentario antes de la aprobación de la *Bank Charter Act* de 1844 en Inglaterra. Décadas antes, Smith ofreció un caso claro de cómo los bancos pueden crear “dinero bancario”:

No es aumentando el capital del país, sino haciendo que una parte mayor de ese capital sea activa y productiva de lo que sería de otro modo, que las operaciones bancarias más juiciosas pueden aumentar la industria del país. La parte de su capital que un negociante está obligado a mantener sin empleo y en dinero disponible para responder a demandas ocasionales, es tanto *stock* muerto que, mientras permanece en esta situación, no produce nada ni para él ni para su país. Las juiciosas operaciones de la banca le permiten convertir este *stock* muerto en *stock* activo y productivo; en materiales para trabajar, en herramientas para trabajar y en provisiones y subsistencia para trabajar; en *stock* que produce algo tanto para sí mismo como para su país. El dinero de oro y plata que circula en cualquier país, y por medio del cual el producto de su tierra y trabajo circula anualmente y se distribuye a los consumidores apropiados, es, de la misma manera que el dinero disponible del comerciante, todo *stock* muerto. Es una parte muy valiosa del capital del país, que no produce nada al país. Las juiciosas operaciones de la banca, al sustituir papel en lugar de gran parte de este oro y plata, permite al país convertir gran parte de este *stock* muerto en *stock* activo y productivo; en *stock* que produce algo para el país. El dinero de oro y plata que circula en cualquier país puede muy bien compararse con una carretera que, mientras circula y lleva al mercado toda la hierba y el grano del país, no produce ni una sola pila de ninguno de los dos. Las juiciosas operaciones de la banca, al proporcionar, si se

me permite una metáfora tan violenta, una especie de camino de carretas en el aire, permiten al país convertir, por así decirlo, una gran parte de sus carreteras en buenos pastizales y campos, y así aumentar muy considerablemente el producto anual de su tierra y trabajo. Sin embargo, debe reconocerse que el comercio y la industria del país, aunque pueden aumentar un poco, no pueden ser del todo tan seguros cuando están, por así decirlo, suspendidos sobre las alas de Daedalian del papel moneda como cuando viajan sobre la tierra firme de oro y plata. Además de los accidentes a los que están expuestos por la impericia de los conductores de este papel moneda, dependen de varios otros, de los que ninguna prudencia o habilidad de esos conductores pueden protegerlos (Smith [1776] 2005: 261-2).

Traer algo muerto a la vida sin duda cae más hacia lo religioso que a lo científico. Galbraith ofrece su ingenio esclarecedor: “El proceso mediante el cual los bancos crean dinero es tan simple que la mente siente repulsión. Cuando se trata de algo tan importante, solo un misterio más profundo parece decente” (Galbraith, 1975: 18-19). Pero al igual que la actividad productiva puede generar ganancias para los acreedores y aumentar los salarios de los trabajadores, la banca puede poner más fondos a disposición de todos los que piden prestado. Para Smith, convertir el capital financiero muerto en activos productivos sería el significado más profundo de la intermediación financiera; el sistema productivo ideal no se logra aumentando el capital del país, sino aumentando los activos productivos del sistema: nuevamente, la “tasa de ganancia del capital no aumenta, como la renta y los salarios, con la prosperidad”.

Hoy, la prioridad otorgada a la productividad del capital se observa en el aumento de la rentabilidad de la renta financiera; en el “stock muerto” que permanece inerte en todo el sistema capitalista global, desde los amplios “cofres de guerra” de los bancos centrales periféricos —nominalmente para proteger la moneda de un país contra ataques; y en los activos zombis en los balances de las empresas privadas financieras y no financieras,

junto con los balances en constante expansión de la Reserva Federal y otros bancos centrales. Todos ellos representan “una parte valiosa del capital del país, que no produce nada al país”.

Una y otra vez, el pensamiento convencional sostiene que el dinero puede resolver todos los problemas, y una y otra vez, la historia enseña que importa mucho menos cuánto dinero hay y mucho más cómo hacia donde se destina. A pesar de todo lo que se hablaba de bazucazos de dinero en el rescate de la crisis *subprime*, la creación de dinero estatal ha alimentado los “stocks muertos” mucho más que el capital activo. Como se vio en México una década antes, dar dinero a los banqueros criminales no los hará buenos ni los hará prestar (Marshall, 2009). Las consideraciones morales son también consideraciones económicas prácticas. Smith afirma que “el dinero, por lo tanto, corre necesariamente detrás de los bienes, pero los bienes no siempre ni necesariamente corren detrás del dinero” (Smith [1776] 2005: 350). A raíz de la “trampa de liquidez” de la década de 1930, entre los keynesianos se convirtió en una frase popular que no se puede “empujar una cuerda”, en contra del pensamiento convencional de la época de que el dinero podía resolver todos los problemas, y en contra la realidad que simplemente dando los bancos más “fondos prestables” no los hacían más dispuestos a prestarlos.

De forma parecida a los rescates, acaparar *stocks* muertos, o drenar de los recursos de otro país, las manías financieras también son el resultado de atender a los intereses privados sobre los públicos en cuanto a la actividad bancaria. Cuando se lleva a cabo juiciosamente, la banca puede agregar fuego a la máquina productiva; menos juiciosamente, puede quemar todo. Smith proporciona dos ejemplos opuestos dentro de su contexto histórico, el de Escocia y el de Francia. Los dos giran alrededor de las alas de Daedalian de papel moneda —que arden como el metal no puede— y qué tan alto pueden volar sobre “el suelo sólido de

oro y plata”. Comenzamos con la versión de Escocia de Smith, flotando bien sobre el suelo sin estrellarse:

Una operación de este tipo, en estos veinticinco o treinta años, se ha llevado a cabo en Escocia, mediante la construcción de nuevas empresas bancarias en casi todos los pueblos importantes, e incluso en algunas aldeas rurales. Los efectos de ésta han sido precisamente los descritos anteriormente. Los negocios del país se hacen casi en su totalidad por medio del papel de esas diferentes compañías bancarias, con las cuales se hacen comúnmente compras y pagos de todas clases. La plata aparece muy raramente, excepto en el cambio de un billete de banco de veinte chelines, y el oro aún más raramente. Aunque la conducta de todas esas diferentes empresas no ha sido intachable, y en consecuencia, ha requerido una ley del parlamento para regularla, el país, no obstante, evidentemente se ha beneficiado mucho de su comercio (Smith [1776] 2005: 240).

Uno de los debates internos de los neoliberales ocurrió entre von Hayek y M. Friedman, el primero a favor del dinero privado y el segundo del dinero estatal. El caso escocés se ha utilizado a menudo en la promoción de la primera posición. Sin embargo, para los efectos del engaño, la estrategia de Friedman era la correcta: como todo el mundo puede ver el dinero físico del Estado, podemos simplemente ignorar el dinero bancario, que existe con o sin dinero del Estado. Como se mencionó con Krugman, la posición neoliberal actual es que los bancos no pueden crear dinero. Smith es nuevamente un antídoto útil:

Todo lo que se adelantó sobre dichos billetes en circulación se adelantó en Edimburgo en papel de los bancos escoceses; y en Londres, cuando fueron descontados en el Banco de Inglaterra en el papel de ese banco. Aunque las letras sobre las que se había adelantado este papel fueron todas reembolsadas a su vez tan pronto como vencieron, pero el valor que se había adelantado realmente sobre la primera letra nunca se devolvió realmente a los bancos que la adelantaron; porque, antes de que cada letra venciera, siempre se giraba otra letra por una cantidad algo mayor que la letra que pronto se pagaría: y el descuento de esta otra letra

era esencialmente necesario para el pago de la que pronto se debía. Este pago, por lo tanto, era totalmente ficticio. El flujo que, por medio de esas letras de cambio circulantes, se había hecho salir una vez de las arcas de los bancos, nunca fue reemplazado por ningún flujo que realmente se encontrara con ellos (Smith [1776] 2005: 254).

La simple pero efectiva metáfora de Smith de las alas de *Daedalian* del papel moneda flotando sobre el suelo sólido de oro y plata es una buena forma de pensar sobre el capital ficticio. También recuerda al oído de hoy a la burbuja financiera, y de hecho, el significado más o menos actual del término existía antes de las alas de *Daedalian* de Smith, como lo demuestra la Ley de la Burbuja de 1720. Sin embargo, mientras que en la época de Smith o en la actualidad la metáfora de la burbuja es familiar para la mayoría de los no economistas, resulta notablemente inexplicable para la mayoría de los expertos neoliberales, como Fama, quien ganó un Nobel por la teoría de los mercados eficientes, la cual por definición elimina cualquier posibilidad de una burbuja (Cassidy, 2010).

Hoy como ayer, lo ficticio de un activo está bien medido entre la tierra de la actividad productiva y el aire de la actividad especulativa y muchas veces fraudulenta. La historia reciente brinda claros ejemplos, como el ‘CDO (Collateralized Debt Obligations) al cuadrado’, un producto financiero al menos a dos pasos de la tierra. El dinero real en forma de pagos de renta se convierte posteriormente en dinero de papel (tramos de CDO), de los cuales los tramos de menor calificación y menos vendibles se vuelven a empaquetar como deuda de mayor calificación en un nuevo CDO, ahora al cuadrado: papel malo escrito sobre papel cuestionable; pero lo que es más importante para la teoría monetaria, las alas de *Daedalian* pudieron aletear brevemente antes de quemarse.

En el caso de Escocia, Smith hace una leve referencia a las alas de *Daedalian* volando un poco demasiado alto con “ese exceso de

banca, del que se ha quejado últimamente, tanto en Escocia como en otros lugares” (1776: 259). Donde Smith encuentra la ocasión para un lenguaje más contundente es donde los escoceses y los franceses se unieron, con John Law sirviendo como Contralor General de Finanzas bajo “el duque de Orleans, en ese momento regente de Francia. La idea de la posibilidad de multiplicar el papel moneda en casi cualquier medida fue la base real de lo que se llama el esquema de Mississippi, el proyecto más extravagante, tanto de la bancaria como del engaño bursátil, que quizás el mundo haya visto jamás” (Smith [1776] 2005: 259). La burbuja de Mississippi/Mar del Sur se grabó en la historia de la locura económica, destacada por Galbraith (1975) y Kindleberger (1989), entre otros. Mientras que el primero autor enfatizaría cómo la creación de papel moneda menos juiciosa bajo John Law significó que Francia estaría sin un banco central durante la primera mitad del siglo XVIII (Galbraith, 1975: 123), el segundo enfatizaría los aspectos sociales y de mercado de la manía financiera

Estafar a clientes, inversores y pares, y hacer colapsar las economías en beneficio de los intereses privados de unos pocos actores financieros no es un fenómeno histórico novedoso. Sin embargo, el medio siglo de estabilidad financiera bajo el sistema de Bretton Woods y los elaborados rescates a raíz de la crisis *subprime* se destacan como excepciones históricas; el primero, por su exitoso diseño al servicio del interés público a nivel global, y el segundo por su diseño al servicio del interés privado de la renta financiera a expensas de casi todo lo demás.

La inclusión de la banca tanto juiciosa como imprudente, alineada con el interés público o privado, lleva a Smith a una notable contradicción. Smith afirma que “el hombre sabio y virtuoso está dispuesto en todo momento a que su propio interés privado se sacrifique por el interés público de su propio orden o sociedad en particular” (Smith [1759] 2005: 213). Sin embargo, como miembros de la clase de los ricos, los banqueros no son virtuosos

por naturaleza, pero todo el funcionamiento del sistema depende de esa imposibilidad:

Cuando la gente de cualquier país en particular tiene tanta confianza en la fortuna, la probidad y la prudencia de un banquero en particular, como para creer que siempre está dispuesto a pagar a pedido los pagarés que probablemente se le presenten en cualquier momento, esos billetes pasan a tener la misma divisa que el dinero de oro y de plata, por la confianza de que tal dinero se puede tener en cualquier momento para ellos (Smith [1776] 2005: 91).

En su afán por denunciar a los ricos vanidosos e improductivos que se sientan en la cima de las sociedades podridas, Smith coloca a toda la clase en el mismo costal. Desde la época de Smith, la historia ha proporcionado amplia evidencia de que puede haber tanto políticos como banqueros y políticos ricos que trabajan por el interés público. Por ejemplo, la banca Quaker jugó un papel importante en el desarrollo productivo tanto del Reino Unido como de Estados Unidos, creando financieras como Henrietta Green (Higgins, 2022) y bancos como Barclay's, el cual en el momento de la crisis *subprime* ya había perdido cualquier signo de virtud. Asimismo, Franklin D. Roosevelt, nacido en una de las familias más ricas de Estados Unidos, aprobó durante los primeros años de su administración lo que se convertiría en el conjunto de regulación financiera más exitoso en la historia del país. Combinado con la creación de nuevos bancos públicos y semipúblicos, la administración Roosevelt creó las condiciones financieras para el interés público, y los altos niveles de producción y crecimiento económico siguieron el periodo de finanzas más estables en cualquier medio siglo de historia estadounidense.

A efectos prácticos, la sociedad se queda con la cuestión de cómo hacer que los ricos, incluidos los políticos y los banqueros, sacrifiquen al menos parte de su interés privado para promover el interés público. Cientos de años después de la época de Smith, en

última instancia podemos vincular nuestras esperanzas a tres posibilidades: la autorregulación de los ricos, o la regulación de los ricos por parte de los dioses, o por parte de la sociedad. La otra opción es que hay pocas esperanzas: los ricos finalmente arruinarán la sociedad. Particularmente para el estudioso de la Antigua Grecia y Roma, es una posibilidad que no se puede descartar.

Omisiones clásicas de Smith

Así como el error de Smith de considerar que todo rico fuera vicioso por naturaleza pudo ser resultado de su entusiasmo por denunciar a los ricos ociosos a la cabeza de las sociedades enfermas, es posible que la omisión de Smith de la sabiduría clásica con respecto a los males sociales de la plutocracia fue el resultado de su entusiasmo por defender un sistema tan robusto que incluso unos pocos elementos antisociales, como banqueros y comerciantes, pudieran ayudar en su funcionamiento. En cualquier caso, la omisión es notable, ya que existen abundantes evidencias que advierten de la búsqueda de la riqueza entre los autores clásicos.

Smith menciona las realidades de Roma en este sentido, afirmando que “...en Roma, como en todas las demás repúblicas antiguas, la gente pobre estaba constantemente endeudada con los ricos y los grandes” (Smith [1776] 2005: 771); y que “para liberarse de esta sujeción de sus acreedores, los ciudadanos más pobres clamaban continuamente, ya sea por la abolición total de las deudas, o [...] por una ley que les diera derecho a una absolución completa, pagando solamente una cierta proporción de sus deudas acumuladas” (Smith [1776] 2005: 771). Smith también menciona, “...el virtuoso Brutus prestó dinero en Chipre al ocho y cuarenta por ciento según consta en las cartas de Cicerón” (Smith [1776] 2005: 82). Henry (2017) analiza la ironía de cómo prestar dinero a más del 8% puede ser virtuoso, así como otros temas que se abordan aquí.

Hacia el comienzo de este artículo, mencionamos la separación entre dos tipos de economía. Quizás la división más antigua del pensamiento económica proviene de Aristóteles, y su la separación entre la gestión del hogar —*oikonomos*— y el dinero de adquisición comercial y su acumulación: *chrematistike*; el primero se alinea con la virtud de Smith y el segundo con su vicio. Esta separación, muy útilmente discutida por Hudson (2021), no es la única:

Platón, Sócrates y otros filósofos se hicieron eco de la advertencia de Delfos de que la codicia por la plata monetaria (philarguria) era lo único que podía destruir a Esparta, acusando a la adicción a la riqueza de conducir a un comportamiento codicioso y arrogante que empobrecía a la sociedad en general. Se señalaba a los acreedores por reducir a la servidumbre a los deudores y tomar sus tierras [...] Un proverbio griego advertía que el exceso (koros) era tan adictivo que conducía a la pleonexia, la compulsión por obtener más y más riqueza. Esta compulsión condujo a la arrogancia, un pisoteo obsesivo y arrogante de los derechos de los demás, tomando lo que les pertenece por derecho. Sócrates sugiere que la persona injusta “se esforzará por obtener lo máximo que pueda de todos para sí mismo” (Hudson, 2022).

La mención de Smith de la rapacidad insaciable de los ricos no está lejos del proverbio romano que dice que “el dinero es como el agua del mar: cuanto más bebes, más sed tienes” (Hudson, 2021). Tampoco dista mucho la noción de economía política de Smith y la de Aristóteles:

Reconociendo que “la pobreza produce facción y crimen” (Política 2.6 en 1265b), Aristóteles concluyó: “el deber de un verdadero demócrata es velar por que la población no sea desamparada” (6 en 1320a). La democracia se corrompería si los acreedores y otros acumularan riqueza empobreciendo a sus conciudadanos. Los hombres cometen los delitos más graves porque “sus fines son extravagantes, no sólo para satisfacer sus necesidades. ¿Quién ha oído hablar de un hombre que se

convierte en dictador para mantenerse caliente? (Política 2.7 en 1267a) (Hudson, 2021).

Como se ha argumentado, para la comprensión de Smith del lugar de las personas y el dinero en la sociedad, importa poco para la teoría quién es exactamente el autor de la buena sociedad; podemos sustituir cualquier referencia divina por “evolución humana” y el argumento no es peor. A efectos prácticos, importa aún menos, ya que sólo puede haber un autor de la mejora social: la sociedad misma. De hecho, si nuestra única esperanza está en lo divino, entonces no hay nada que hacer excepto rezar para que las cosas mejoren. Actualmente con el neoliberalismo así estamos. El mercado divino no puede ser tocado por la mano reguladora terrenal, no importa que tan destructivo elija ser. Si los mercados pueden o no volver a arraigarse en la sociedad a través de la legislación y la práctica sigue siendo una cuestión existencial para la humanidad. Sacudir las cadenas mentales del pensamiento neoliberal y volver al pensamiento libre y al debate abierto revelaría muchos caminos abiertos para que la humanidad resuelva sus problemas, y con suerte, una mayor apreciación de lo que la regulación social de los mercados ha logrado en el pasado. La historia no tan lejana ha demostrado que la regulación social puede alinear los intereses privados de la banca con el interés público de un sistema funcional de producción. El sistema de Bretton Woods, que privilegiaba el interés público y no el interés financiero privado de los bancos globales, ofreció alrededor de medio siglo de alto crecimiento, poca inflación y esencialmente ninguna crisis financiera en el sistema capitalista global.

Conclusiones

El costo por una sociedad que cree en malas ideas se paga en los múltiples espacios de la realidad. Mientras se promueve el vicio sobre la virtud en todo tipo de espacios reales y virtuales, la austeridad priva de combustible a los motores del empleo productivo, y la educación que ofrecen las universidades más

elitistas y prestigiosas —el neoliberalismo— intenta convencer a todos de que la mezquina y repugnante lucha por la acumulación de riqueza no es más que lo que realmente somos. Si bien legislar para nuevos fondos es un esfuerzo cada vez más infructuoso, cada vez hay más apoyo político para usar dinero público para sus propósitos más inmorales como son las guerras de agresión y los rescates bancarios. Un sistema diseñado para rentabilizar las dos actividades más viles —matar inocentes y pagar a los ricos por robar a los pobres— está claramente desequilibrado y es uno en el que Dios está lejos de reconciliarse con Mamón. Siguiendo con el pensamiento keynesiano, para aquellos que prefieran “cortar a las autoridades abusivas sus poderes y no sus cabezas” (Keynes, 1931:180), todos harían bien en leer los dos libros de Adam Smith y mantenerlos como clásicos, pero por las razones correctas.

Para que esto pase, las ciencias sociales deben reconciliarse una vez más con la religión. Temas como el dinero, la sociedad y sus respectivos órdenes deben ser bajados del ámbito de lo religioso y lo incognoscible, al igual que las posiciones que toman en cuenta las bases sociales y morales de cualquier economía deben ser subidas al ámbito de las ciencias sociales. Smith es de gran ayuda en ambas tareas.

En la primera tarea, Smith no solo revela cómo charlatanes como el Dr. Mandeville hacen pasar la ciencia basura como la verdad en las mentes “no entrenadas”, sino también cómo el concepto de una economía basada en la moral fue tomado como rehén por los grandes poderes de su época, las autoridades religiosas de la Edad Media:

En qué consistía la felicidad y la perfección del hombre, considerado no sólo como individuo, sino como miembro de una familia, de un Estado y de la gran sociedad de la humanidad, era el objeto que la antigua filosofía moral se proponía investigar. En esa filosofía los deberes de la vida humana fueron tratados como subordinados a la felicidad y perfección de la vida humana. Pero cuando la moral, así como la filosofía natural, llegaron a ser

enseñadas sólo como subordinadas a la teología, los deberes de la vida humana fueron tratados como subordinados principalmente a la felicidad de una vida por venir. En la filosofía antigua la perfección de la virtud se representaba como necesariamente productora, para quien la poseía, de la más perfecta felicidad en esta vida. En la filosofía moderna se representaba con frecuencia como generalmente, o más bien como casi siempre, incompatible con cualquier grado de felicidad en esta vida; y el cielo se ganaba sólo con la penitencia y la mortificación, con las austeridades y humillaciones de un monje; no por la conducta liberal, generosa y animosa de un hombre (Smith [1776] 2005: 630).

El ascenso del neoliberalismo es un segundo episodio de una pseudociencia al servicio de los poderosos, capturando el razonamiento científico y doblegándolo a sus propios intereses privados. Al servicio de las autoridades cristianas de la Europa medieval, la ciencia fue proscrita como herejía contra el orden divino. Hoy, las autoridades religiosas se disfrazan de autoridades económicas, y una vez más proscriben a todos los herejes que intentan practicar la ciencia frente al orden y la autoridad divinos. Ayer las ciencias morales fueron capturadas por las fuerzas que falsamente representaban a Dios, y hoy, por las que verdaderamente representan a Mammón. La filosofía subyacente de que la buena economía es la mala sociedad es falsa en teoría y, en la práctica, solo conduce al colapso de la civilización.

Si bien Smith es, por lo tanto, un temprano crítico eminentemente útil contra las autoridades que cooptan la religión y la ciencia, su trabajo en sí mismo no puede llevar las ciencias morales al ámbito científico actual. En los márgenes del pensamiento económico heterodoxo actual se encuentran títulos como socialismo cristiano, humanismo, economía gandiana, economía para fines humanos, etc. Pero a 300 años después del nacimiento de Smith, aún no existe un nombre consolidado para la escuela de pensamiento de Smith que exija una comprensión de la organización social y económica basada en la básica moral humana. Del mismo modo, ninguna de las coincidencias más cercanas mencionadas antes

encaja realmente bien. Por ejemplo, Polanyi frecuentemente se clasifica como socialista cristiano, pero el argumento de Polanyi es de pura determinación social. Polanyi, judío de nacimiento, sí discute la necesidad de mantener la moral cristiana (Polanyi, 1934), porque este es el depósito institucional de la moral social. Sería aún más difícil encajar a Smith en la categoría, ya que su repositorio de la moral divina es precristiana, y sus propuestas de buen gobierno económico son las de un sistema juiciosamente mixto, pero no socialista. Incluso las menciones de “humano” en las escuelas de pensamiento económico están un poco fuera de lugar, dado que la economía moral debe tener en cuenta tanto a la madre tierra como a nuestros congéneres vivientes. Tanto para elevar la moral al nivel de la ciencia como para rebajar las cuestiones de suma importancia económica del ámbito de la religión, queda mucho trabajo por hacer. Smith puede ser un aliado sorprendente en tales esfuerzos futuros.

Referencias

- Beckert, Sven (2015) *Empire of Cotton: A Global History*. Vintage Press.
- Black, William K (2013) "The New York Times Butchers the Story of How Treasury Got NPR to Censor My Criticism of It". *New Economic Perspectives*, mayo 31.
- Brandes, S. (2020) "The market's people: Milton Friedman and the making of neoliberal populism". In W. Callison & Z. Manfredi (Eds.), *Mutant neoliberalism: Market rule and political rupture*: (pp. 61–88). New York: Fordham University Press.
- Braudel, Fernand (1949) [1995]. *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II, Vol. 1*. Berkeley, University of California Press.
- Cassidy, John (2010) Interview with Eugene Fama. *The New Yorker*. January 13.
- Dalton, George (1968) "Introduction", in *Primitive, Archaic, and Modern Economies: Essays of Karl Polanyi*. New York: Doubleday Press.

- Friedman, Benjamin (2022) "Religion and the Rise of Capitalism". *Financial History* Spring. New York: Museum of American Finance.
- Freidman, Milton 1980 *Free to Choose*. Public Broadcasting System.
- Fukuyama, Francis (1989) "The End of History?" *The National Interest* (16): 3–18.
- Galbraith, John Kenneth (1975) "Money: From Whence It Came." Where It Went. Boston: Houghton Mifflin.
- Galbraith, John Kenneth (1977) *The Age of Uncertainty*. Boston: Houghton Mifflin.
- Henry, John (2017) "Brutus es un hombre honorable". *Ola Financiera* (10)28: pp. 1-23
- Higgins, Mark (2022) *The Story of Hetty Green, America's First Value Investor and Financial Grandmaster*. Financial History. New York: Museum of American Finance:
- Hudson, Michael (2018). ... *and Forgive Them Their Debts: Lending, Foreclosure and Redemption from Bronze Age Finance to the Jubilee Year*. Dresden: ISLET - Verlag.
- Hudson, Michael (2021) "Plato, Aristophanes and Aristotle on Money-Lust, 399-380 BC", *Naked Capitalism*. Abril 23, en: <https://www.nakedcapitalism.com/2021/04/michael-hudson-plato-aristophanes-and-aristotle-on-money-lust-399-380-bc.html>
- Hume, David (1754) "Of Money", in *Essays: Moral, political and literary*.
- Keynes, John Maynard (1931) *Essays in Persuasion*. London, MacMillan.
- Keynes, John Maynard (1936) *The General Theory of Employment, Interest and Money*. Palgrave Macmillan.
- Kindleberger, Charles (1989) *Manias, Panics and Crashes: A History of Financial Crises*. New York, Basic Books.
- Krugman, Paul (2023) "When brain-rotting contrarianism and wealth meet", *New York Times*, Julio 11.
- Krugman, Paul (2023) "What's Driving Dollar Doomsaying ", *New York Times*. Mayo 2.
- Krugman, Paul (2022) "Wonking Out: How Low Must Inflation Go?" *New York Times*. Junio 3.
- Krugman, Paul (2012) *Banking Mysticism, Continued*. *New York Times*. Marzo 30.

- Lucas, Robert (1988) "What Economists Do." Mimeo, en: http://home.uchicago.edu/~vlima/courses/econ203/fall01/Lucas_wedo.pdf
- Marshall, W. (2009). Rescatando amigos: lecciones del rescate bancario mexicano para los Estados Unidos. *Economía Informa*, 356, 144-160.
- Mirowski, Phillip and Dieter Plehwe (2009) *The Road from Mont Pelerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*. Boston: Harvard University Press.
- Polanyi, Karl (1934) "The Essence of Fascism," en *Christianity and the Social Revolution*. Victor Gollancz Ltd. London. pp. 359-394.
- Polanyi, Karl (1968) *Primitive, Archaic, and Modern Economies: Essays of Karl Polanyi*. Edited by George Dalton. New York: Doubleday Press.
- Polanyi, Karl (2001 [1944]) *The Great Transformation*. Boston: Beacon Press.
- Polanyi, Karl (2014 [1950]) "The Contribution of Institutional Analysis to the Social Sciences". In *For a New West: Essays, 1919–1958*, ed. G. Resta and M. Catanzariti. London: Polity Press.
- Shumacher, M. (1973) *Small is Beautiful: Economics as if People Mattered*. New York: Harper.
- Smith, Adam ([1776] 2005) *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. The Pennsylvania State University: Electronic Classics Series.
- Smith, Adam ([1759] 2005) *The Theory of Moral Sentiments*. Sao Paulo: Metalibri.
- Varoufakis, Yani. (2016) *And the Weak Suffer What They Must?: Europe's Crisis and America's Economic Future*. New York: Bold Type Books.
- Varoufakis, Yanis (2017) *Adults in the Room: My Battle with Europe's Deep Establishment*. London: The Bodly Head.
- Von Hayek, Friedrich (1944) *The Road to Serfdom*. Chicago: University of Chicago Press.

Recibido 25/mayo/2023

Aceptado 30/junio/2023